

A primera vista es como un hombre primitivo. Es un ecuatoriano de alma americana, pero cósmico. Rescata gestos, gritos, antiguos dolores que son patrimonio de una raza dolorida, golpeada, machacada, pero capaz de resurrección. De una raza que vuelve camino de la rebeldía y se apresta estoicamente, como siempre, a conquistar su derecho a la vida. A Guayasamin se le llama el «Picasso hispanoamericano».

—Nací en mil novecientos diecinueve en Quito; así, pues, tengo cincuenta y cuatro años. Vengo de una familia muy humilde. Mi apellido es indio, que traducido al español del quéchua quiere decir «ave blanca volando» o también «la casa de la sabiduría». Soy el mayor de diez hijos y estoy pintando desde los ocho años. Es decir, no he tenido ninguna dificultad en buscar profesión, pues lo único que puedo hacer que verdaderamente sepa desde que tengo uso de razón es pintar. Hasta el momento creo que he realizado alrededor de unos cinco mil cuadros, una cantidad muy grande de murales y alrededor de unas trescientas esculturas. De lo dicho hasta acá se puede deducir que mi vida ha estado y está dedicada a esto que la gente llama creación artística.

En Barcelona

—En los próximos meses, exactamente en noviembre, entre los días dieciséis y veinte, inauguro en París cuatro exposiciones. Dos en el Museo de Arte Moderno y dos en la galería Arts-Contacts. En el primer grupo serán presentados ciento cincuenta cuadros de la «Edad de la Ira» en un salón; en otro, setenta obras de impresos; todo lo que yo he trabajado en litografías, monocopias, grabados en cobre y madera, etcétera, etcétera. En el segundo expondré alrededor de cincuenta obras entre dibujos y pequeños óleos; en la parte primera de la galería, alrededor de unas cincuenta piezas sobre joyería —al respecto, aclara—: Yo diseño joyas, y esta faceta de mi personalidad artística ha despertado gran interés en Europa. Así, pues, dado el cuantioso trabajo que tengo en perspectivas, el lugar más hermoso para mí de lo que conozco de España es Barcelona, por lo cual me decidí a venir hasta acá. Yo he vivido en su ciudad casi un año, en mil novecientos cincuenta y cinco, y ahora tengo aquí un estudio donde he montado un pequeño taller para trabajar las obras que necesito completar para estas cuatro exposiciones. Por otro lado, el cuatro de octubre

GUAYASAMIN: "PINTO LA VIOLENCIA DEL HOMBRE"



El gran artista ecuatoriano en dos momentos de su carrera: a la izquierda, trabajando en su estudio; a la derecha,

abriré en la galería de arte del hotel Manila una pequeña exposición que la integrarán todos los cuadros pintados por mí en esta bella ciudad desde el año mil novecientos cincuenta y cinco hasta mil novecientos setenta y tres.

Es de destacar que Guayasamin, juntamente con Picasso y Chagall, son los únicos pintores que en forma personal han expuesto sus creaciones en el Museo de Arte Moderno de París.

—Bajo el enunciado la «Edad de la Ira», usted ha realizado una serie de telas en las cuales se nota palpablemente un exaltado sentimentalismo. ¿Quizá el ambiente en que se ha desarrollado su infancia sea el causante de este sentimentalismo al que acabo de aludir?

—No creo que se trate de tal cosa, en absoluto; esta palabra no juega para nada en lo que yo creo. Indudablemente, los recuerdos de mi infancia están muy patentes en mi vida pictórica, pero no es solamente eso; creo que los tremendos hechos acaecidos en los últimos cincuenta años de la

vida también han influido sobre manera —y añade—: Pienso que estos han sido los años más duros y crueles en la lucha del hombre contra el hombre: los campos de concentración, las bombas atómicas, Hiroshima, las últimas guerras civiles y mundiales, Biafra, Vietnam, toda esta cadena inacabable de sufrimiento humano. La monstruosidad del hombre en general es lo que mueve ese «leit-motiv» de mis pinturas. Mi afán es dejar a las futuras generaciones un recuerdo vivo y palpable de la crueldad del hombre contemporáneo.

—Se dice de usted que es el «Picasso hispanoamericano».

—El empeño que ponen muchos periodistas en hacer comparaciones no es verdaderamente el tema de la creación artística, son palabras que vienen y van. Hablando ya estrictamente en función de ésta, diré que yo no soy un buscador de formas, pues Picasso es posiblemente el mejor creador de nuevas formas en la plástica contemporánea. No busco descubrir nada, pues no me

interesa esta parte de la misma. Mi arte está tremendamente ligado al dolor del hombre. Cuando pinto una mano, un rostro, una boca, unos dientes o unos ojos, éstas no son solamente una forma plástica. Yo quiero expresar en esto más que la plástica misma. Quiero expresar este ojo que está llorando, los dientes que están mordiendo o esas manos angustiadas vibrando. Es decir, lo que trato de hacer es un arte sobre la parte estética o la parte estética como medio, como finalidad para llegar a encontrar formas tan sustanciales y definitivas que el hombre humilde de la calle, el hombre normal pueda sentirse conmovido frente a éstas.

—¿Qué juicio le merece Salvador Dalí?

—Creo que de joven fue buen dibujante; lo que hace ahora en general, repito, no me interesa para nada. Por otro lado, creo que Picasso es el pintor más grande que ha producido la Tierra en los últimos dos mil años. En definitiva, después de lo dicho, no pienso nada acerca de Dalí.



ante del mural que realizó para la Casa de cultura del Ecuador.

—Pero..., ¿qué es para usted Salvador Dalí?

—Un hombre de circo. No es pintor, pues el pintor es más importante que «todo eso».

—¿Por qué el «todo figurativo» de sus obras está integrado por abstracciones?

—Si solamente me quedara en las formas plásticas abstractas, la pintura sería musical. Hay que tener mucho cuidado en la realización pictórica. Esta, a través de los siglos, tiene un propio camino, cuyos rieles, donde funciona el objeto en el cuadro, es tremendamente importante. En éste tiene que haber sol, árbol, ojo, vaso, debe existir un objeto. Ahora bien, debe ser abstraído hasta lo más infinito, como lo ha hecho Picasso. En parte pienso que el objeto tiene que servir para mostrar a los hombres, porque el arte viene del hombre y va al hombre. Mostrar más claramente sentimientos que son equivalentes a los de él —y prosigue—: Un artista, para mí, es una especie de antena, antena viva, vibrante, que recoge el anhelo de su tiempo. El

artista es aquel que vibra, el que da llorando, gritando, cantando, riendo a las gentes de su mundo. Los anhelos de la gente de su tiempo están reflejados, vibrados, cantados, llorados por el creador de arte. En esta medida está la forma abstracta propia de nuestro tiempo. Los grandes descubrimientos de la pintura contemporánea, entre ellos el cubismo y la abstracción, son un lenguaje universal de la misma. Yo me valgo de eso como es normal, pues soy pintor de mi tiempo; pero esto no me interesa como finalidad, sino como medio de una expresión más clara, más limpia para reflejar el sentimiento de los demás.

—¿Qué es para usted la cinética dentro de las artes plásticas?

—Es hacer grandes telas, pero transportables. Es decir, una pintura móvil. En la actualidad es el fin que persiguen todos los artistas. El cuadro que yo generalmente pinto no es para verlo en la forma que se coloca en la pared. Hice una exposición en mil novecientos cincuenta y ocho

en Nueva York con alrededor de unas cincuenta o sesenta telas, en la que el público con sus propias manos podía ver la obra por los cuatro costados. Ahora, en esta exposición de la «Edad de la Ira» hay murales móviles.

Antes de proseguir, quiero hacer constar que Guayasamin, para la realización de sus obras, ha experimentado los acrílicos, las pinturas hechas de peroxilina, y para las obras de mayor envergadura, como es el caso del que acaba de hablarnos, sus predilecciones están en las materias tradicionales: mosaicos de cristal de Venecia, de piedra, los metales...

La pintura en América Latina

—Creo que en este momento, sobre todo en América del Sur, los grandes cambios sociales que se están proyectando hacen que sea volcán próximo a estallar. Es una bomba de tiempo. Lo prueban los sucesos acaecidos en Chi-

le, Perú, Cuba y lo que posiblemente suceda en Argentina. Estas impresionantes conmociones sociales, de un mundo desesperadamente angustioso, buscando nuevas formas de vida, dan al arte de América Latina una nueva tónica. Todo el mundo, todos los jóvenes pintores de allá están tratando de adelantarse, tratando de dar soluciones plásticas a esta angustia que viene de los cambios que se ejecutarán en los diez años venideros. Y en la parte que me toca a mí, desde hace catorce años vengo pintando la obra de la «Edad de la Ira», que es parte de la angustia del continente, de la angustia del tercer mundo representada en doscientos cincuenta cuadros.

«El futuro de la pintura está basado en que América Latina está viviendo un renacimiento. Si la comparamos a ésta con el Renacimiento italiano, veremos que entre ambos hay muchas cosas en común. Italia por aquel tiempo estaba dividida en pequeños virreinos que se peleaban unos contra otros en un afán conacional de unirse en una sola nación. Esto es exactamente lo que está sucediendo en Hispanoamérica. Estamos en el fondo de todos estos cambios sociales, y se inicia en este momento una idea de integración latinoamericana. Todos los artistas, arquitectos, muralistas, músicos, etcétera, etcétera, tratan de adelantarse a los acontecimientos buscando formas nuevas. Así, pues, América Latina es una conmoción, un renacimiento de grandes formas en todos los ámbitos de la creación artística.

—¿Cómo podría formularse la problemática del indio hoy?

—El problema del indio radica solamente en tres países que son de auténtica ascendencia india: Perú, Bolivia y Ecuador. El indio vive peor que los perros. En mi país, y lo mismo sucede en los restantes, el indio es el ser marginado en todas las más monstruosas condiciones. No tiene alimentos, ni casa, ni vestidos, medicinas, educación, etcétera. Es decir, no tiene nada. En estas condiciones viene subsistiendo desde el momento de la conquista, hará unos cuatrocientos años. Sin embargo, estas naciones viven de su trabajo. ¿Quién siembra el campo?, ¿quién cuida la tierra?, ¿quién construye las casas?, ¿quién hace el trabajo más pesado y violento? Es este ser que no tiene absolutamente nada. Esta es la realidad cruda y real. En el Perú hay una dictadura militar que actualmente está tratando de empujar, si es posible, a cambiar esta estructura social para dar una mejor vida a este gru-

GUAYASAMIN:

po humano. En mi país todavía no se piensa nada, y creo que en Bolivia la cosa es totalmente desastrosa. Las soluciones para esto son muy largas. Tal vez una generación completa a través de una revolución sería la única forma de poder cambiar radicalmente esta situación.

—¿Cuál es el razonamiento del indio ante su propio problema?

—El indio, desgraciadamente, no razona nada. Está tan encanallado, tan aplastado, tan violentamente oprimido que ha dejado de pensar. Es una máquina de trabajo, una máquina de un esfuerzo humano que solamente su resistencia, su enorme capacidad de siglos de cultura, ha hecho posible que no se le haya destruido en estos últimos cuatrocientos años. Por otro lado, pienso que la vasta cultura que actualmente posee América Latina no se hubiera podido adquirir sin la colaboración directa de nosotros como hombres actuales o como hombres venidos de cinco mil años atrás con un bagaje extraordinario. Es una lástima que no se tenga en cuenta este factor tan importante, pero confío que con el tiempo se arreglará.

—¿Refleja usted en sus cuadros la problemática que nos acaba de descubrir?

—Yo no soy precisamente un pintor de temas indios. Lo fui en mil novecientos cincuenta y uno. Durante esta época expuse ciento tres obras que titulaba «GUACANIAN» (una palabra quechua, que quiere decir el camino de las

lágrimas). En estas pinturas mostré al mundo el problema en ese período. Ahora, lo que estoy pintando posee un sentido más universal. Plasmó la violencia del hombre en cualquier latitud de la tierra, como lo demuestran los temas tratados en mis cuadros de la «Edad de la Ira»: Biafra, Vietnam, Camboya, Hiroshima, etcétera, etcétera.

—Después de lo dicho hasta acá, ¿es racista Guayasamin?

—En absoluto. ¿Cómo podría serlo si yo soy un indio? Tengo una gran fe en todos los hombres. Uno de los grupos humanos que me causan mayor admiración, aparte del mío, son los negros. Con su vitalidad, su alegría innata. Son los mejores deportistas, los que han dado la música más extraordinaria de nuestro tiempo. Basado en la creación artística de los negros de Africa, Picasso ha sido uno de sus mejores representantes. También me gustan los amarillos, y los hindúes con su belleza, sus rostros impasibles. Todos los hombres son una maravilla sobre la tierra. Los blancos quizá no tanto. Y digo los blancos, porque es la raza que menos me interesa. No sé, alrededor de ellos hay tanta crueldad en este momento... Han sido y son muy violentos con el mundo. Los Estados Unidos metidos en todas partes, conquistando todo, explotándolo todo; los franceses, en Argelia; los ingleses, en la India. El blanco ha sido muy malo en estos últimos dos mil años. ■ J. G. J.

Guayasamin en compañía de Salvador Allende, del que era gran amigo, con motivo de la semana chilena en Ecuador.



EL FOLKLORE EN LA CULTURA DE LA RUMANIA MODERNA

La música, el baile y el traje popular, lo que generalmente denominamos folklore, las costumbres de antaño, rurales o urbanas, penetran siempre más en la esfera de interés del hombre moderno que, por lo menos en Europa y América, es, como mentalidad y modo de vida, urbano mismo cuando éste vive en las grandes metrópolis.

El interés del hombre moderno para el folklore se manifiesta en diversas formas, en una escala que va desde la curiosidad o la necesidad de ocupar su tiempo libre hasta las respuestas a los grandes problemas existenciales que las hallamos en los profundos sentidos de los mitos y ritos de los cultos populares tradicionales.

A este interés manifiesto por el hombre de nuestros días como individuo, cuando las individualidades se pueden agrupar o clasificar en categorías, se añade en los últimos años la forma institucional y social representada por los desvelos por conservar el folklore como elemento de ecología cultural.

En este contexto, al lado del interés creciente aparecen el pesar por lo que se ha perdido, debido al proceso de modernización de la sociedad industrial, la nostalgia por las canciones, los bailes, los trajes y las costumbres nativas.

La conservación del folklore auténtico en Rumania no se debe, como se cree en general, sólo al hecho de que las formas de la vida rural, con sus canciones, bailes, trajes y costumbres, siguen existiendo en muchas regiones. No se debe, porque el folklore rumano no vivió sólo en los medios rurales, sino, también, en los urbanos.

Mudando los valores folklóricos del plano de lo funcional natural nativo al plano del aprecio consciente en el momento en que se ha producido el impacto entre la cultura tradicional y la cultura moderna, y fortaleciendo esta toma de conciencia a lo largo del ahondamiento del impacto, la vida cultural rumana actual le aseguró al folklore la calidad de perenne.

No menos interesantes desde el punto de vista histórico, pero más espectaculares, son las costumbres tradicionales. También éstas atestiguan los mismos fundamentos remotos y el mismo espíritu de síntesis cultural que caracterizan el folklore rumano.

Del rico repertorio de las costumbres primaverales merece ser recordada la del Labriego, por la cual los agricultores de las comunidades del Norte y del Sur de Transilvania festejan al campesino que comenzó el primero a arar. Entre los pastores hay una fiesta equivalente, que se celebra antes de que los rebaños de ovejas suban a la montaña para el verano. En las comunidades agro-pastoriles, que en el pasado fueron las más difundidas en las aldeas rumanas, los dos momentos marcaban de hecho el comienzo de la temporada del trabajo en las dos principales ramas tradicionales de producción. Gracias a la fama que se granjearon en el extranjero por su baile se conservan hoy en toda la zona de la llanura de Valaquia y de Oltenia y en el Sur de Transilvania las costumbres de los "calusari" con motivo de Pentecostés, con todo su séquito de ritos, bailes y juegos, cuyo origen tal vez debe ser buscado en los antiguos ritos dionisiacos, por los cuales los tracio-dacios aportaron una contribución especial al sistema de los grandes ceremoniales del mundo antiguo.

De las costumbres de la vida de familia, que forman un sistema bien organizado destinado a mantener el equilibrio social de las colectividades y asegurarles durabilidad, recordaremos sólo las de las bodas, ricas en canción y baile, pintorescas por su despliegue y espectaculares por sus trajes y el ceremonial. Se celebran en el otoño en las zonas de la llanura de Rumania, mientras que en las zonas de montaña, sobre todo en el invierno, durante el carnaval.

La canción y el baile constituyen naturalmente parte integrante de las costumbres tradicionales, pero además del repertorio ceremonial, el folklore rumano conserva gran número de bailes diversos según las zonas y un rico patrimonio de canciones vocales e instrumentales.

En las condiciones de hoy, la tradición folklórica forma parte integrante de la vida cultural, sea que sus valores se perfeccionan en sus contextos tradicionales, sea que, valiéndose de medios modernos de comunicación cultural, se transmiten por la radio o televisión o mediante los numerosos grupos folklóricos de aficionados. Tampoco en esta forma nueva en la cultura contemporánea rumana los valores folklóricos necesitan reconstitución. Existen en la realidad viva y son tan sólo trasladados a otros contextos, con otra funcionalidad. Al ser el vehículo ininterrumpido hoy, al igual que en el pasado, la tradición folklórica se integra naturalmente en la cultura moderna rumana.